Imagen 1.- *Fachada principal del antiguo colegio del Retiro. Foto José María. Colección Rafael Sánchez*

Aquellos felices años

Encarnación Ruiz Sáez

La escuela de doña María Ramírez de la Rosa

Muchos años, muchos alumnos, muchos maestros por las escuelas de Tarifa, han pasado desde finales de los años 20, donde se remontan mis primeros recuerdos escolares. Como en un sueño, recuerdo a mi primera maestra, doña María Ramírez de la Rosa. Creo que había nacido en Olvera, adonde volvió cuando se jubiló. Vivía en una casa de la calle Sancho IV el Bravo, frente a lo que hoy es la Residencia de Ancianos, con su madre y sus dos hermanas, Remedios y Natividad, que se dedicaban a las tareas del hogar. Doña María daba clases en un salón que tenía su entrada por la calle Reyes Católicos.

Debido a un accidente, doña María había perdido un ojo, lo que no le impidió ser una muy buena maestra, que se ganó el respeto y el cariño de los tarifeños, que la querían y apreciaban por su carácter cariñoso y agradable.

Recuerdo el día que mi padre, Curro el "Seacero" (apodo que le venía del oficio de mi abuelo, que hacía sedazos, profesión hoy ya extinguida) llegó a la casa y dijo: "mañana irán las niñas a las clases de doña María". Las "niñas" éramos mis hermanas Mª Antonia y Pepi (ya fallecidas) y yo. Mi tía Antonia nos llevaba a las tres pequeñas estudiantes a casa de Dª María. Fue allí donde por primera vez oí la palabra "álbum" y otras igual de difíciles. Desde mi corta edad, me parecían personas muy cultas al hablar con un vocabulario tan exquisito. Después me enteré de que álbum no era otra cosa que una colección de fotografías y "vistas" de su tierra, cosa que a mí, que tanto me ha gustado la geografía, me apasionaba.

Escuela de "La Ranita"

Durante varios años estuve en el colegio de la Ranita. Era el colegio de las niñas ya que los niños iban al Retiro. Mi maestra en la Ranita siguió siendo doña María. Allí acudía yo todos los días con mis hermanas y otras niñas. Recuerdo entre otras a Melchora Santos y a María Gurrea.

!Qué tiempos aquellos...! Escribíamos en una pizarra pequeña que tenía un marco de madera con un agujero y un cordoncito del que pendía un trapo que usábamos para borrar, a veces con saliva, lo que habíamos escrito. El pizarrín blanco chirriaba con frecuencia cuando se deslizaba por la superficie de la pizarra. Teníamos un pupitre cada dos niñas. Eran muy cómodos y tenían una tapa, que se abría para guardar los libros, con un agujero para el tintero,

Una pizarra grande y mapas pendían de las paredes. Usábamos una enciclopedia que traía de todo: aritmética, geografía, historia...

La Primera Comunión fue una cosa muy especial, pero también muy diferente a los lujos de hoy. A la iglesia entrábamos cada niña con nuestros padres y las maestras, con el mismo baby (blanco con cuellos azules) que teníamos en el colegio y con un velo blanco. Entrábamos al sagrario y allí recibíamos nuestra primera comunión. A continuación, nos volvíamos a clase como cualquier otro día.

Antes de la guerra nos cambiaron de colegio, a los niños los llevaron a la Ranita y a las niñas nos dejaron en el colegio del Retiro.

La guerra

Cuando los rumores de la guerra del 36 se hicieron más fuertes, las preocupaciones de los mayores de la familia aconsejaron que mi tía fuera a buscarnos

Imagen 2.- *Clase de Doña Teresa en el colegio del Retiro. Foto colección de la autora*

todos los días al colegio.

Al estallar la guerra, estábamos de vacaciones. A los pocos días, el 20 de julio, bombardearon Tarifa desde un barco republicano y nosotros nos fuimos al campo, a la Peña, a casa de mi tía Dolores, hermana de mi abuelo Juan Sáez Petisme. Allí estuvimos alrededor de un mes, hasta que pasó el peligro de los bombardeos y volvimos a nuestra casa.

Colegio del "Retiro"

Volvimos en otoño al colegio. Las nuevas autoridades señalaban las nuevas directrices de las maestras. Ahora, cantábamos canciones religiosas y leíamos vidas ejemplares de santos y de mártires.

Mi maestra seguía siendo doña María. Creo recordar que aquí se jubiló y se fue a Olvera.

Por aquellos años, era muy distinto el trabajo escolar. Para empezar, teníamos clases por las mañanas y por las tardes; incluso acudíamos al colegio las mañanas de los sábados.

Al empezar la clase, rezábamos un Padrenuestro y un Avemaría. Siempre había mucha formalidad y mucha disciplina. Cuando la maestra llegaba a clase nos poníamos todas de pie y no nos sentábamos hasta que la maestra se sentara o nos diera permiso para hacerlo. Siempre pedíamos permiso para todo: "Me da Vd permiso para ir al servicio, me da Vd permiso para...

El horario de la mañana se dedicaba a estudiar las nociones que venían en aquellas antiguas enciclopedias, que contenían toda clase de conocimientos: Gramática, Aritmética, Historia, Lecturas Ejemplares, Urbanidad... Las tardes las ocupábamos haciendo costura: festones, punto tronco, vainica, bordados en organdí. Eran nuestros primeros pinitos en el mundo de la costura. Recuerdo unos "pañitos" en red, en negro, que luego bordábamos en colores. Me viene a la memoria los rezos del rosario mientras estábamos ocupadas puntada tras puntada.

Terminaba el curso y pasábamos de clase sin necesidad de exámenes, pero eso sí, nos castigaban de cara a la pared.

Mi colegio del Retiro tenía delante del edificio una pequeña tapia. En el centro un gran patio que daba acceso a las dependencias del colegio.

Había cuatro clases regentadas por cuatro maestras: Dª Teresa Carrillo, Dª María de la Rosa, Dª Luisa Llano y Dª Casimira, cuyo apellido no logro recordar; por cierto, su hija, Socorro, era compañera mía y me ha quedado muy buen recuerdo de ella. Frente a la entrada estaba la biblioteca con una enorme puerta acristalada. A ambos lados del patio estaban los servicios. A la derecha una puerta daba acceso a la huerta de Juan Pane (hoy es la Guardería). A la izquierda otra puerta daba a lo que hoy es la arboleda del Hogar del Pensionista. Como patio de recreo usábamos preferentemente el patio central, donde jugábamos a los juegos típicos de las niñas de la época: tocadé, corro, comba... También jugábamos al escondite aprovechando las columnas del patio.

Algunos jueves nos llevaban a pasear al Olivar. Aún conservo el sabor de las rebanadas de pan

con chocolate que llevábamos preparadas de casa.

Después tuve otra maestra, doña Teresa Carrillo, muy buena maestra que estuvo muchos años con nosotros y vivía en la calle de la Fuente, más abajo de la Cofradía de Pescadores, con su hermana Carmela que tocaba muy bien el piano.

Los meses de mayo eran muy especiales. Comprábamos flores en la Hedihonda (¿se escribirá así?) y se montaban preciosos altares a María. Entonces se multiplicaban los rezos y los rosarios.

Los primeros viernes de cada mes, también eran especiales, íbamos a la iglesia de San Mateo a misa. Entrábamos por la puerta del Perdón. Recuerdo que uno de aquellos viernes, con un tiempo, de esos que llaman "de perros", de mucha lluvia y tormenta y, estando nosotras en misa, cayó un rayo en el colegio quedándose quemadas algunas instalaciones. Dª Teresa decía que era un milagro porque si no hubiéramos estado en misa, nos habría encontrado el rayo en el colegio y, la pobre, con más miedo que vergüenza, reflejado en su rostro, nos mandó rezar, dando gracias por lo que consideraba milagroso.

Un intento de estudios superiores

Entre los años 38 y 40 mis padres intentaron que probara a iniciar los estudios de bachillerato. Preparé el año de ingreso, con 12 o 13 años, en un garaje de la calle Batalla del Salado, al lado del que fue Bar de Antonio Rodriguez (hoy una oficina de La Caixa). Los profesores, entre otros, eran el Padre Gámez y don Eduardo Lara.

Allí pusieron una mesa grande muy destartalada, donde dábamos clases algunos mozalbetes, niños y niñas, (aunque parezca increíble).

Las niñas que compartíamos conocimientos con estos grandes preceptores eran: Ana Jiménez, que se fue a vivir a Granada, aunque tiene aquí en Tarifa toda su familia; María Gamarro; Angelita Castejón, que se fue a Valencia porque su padre era militar; y Mª Antonia Milán Serrano. Como aquí no podían examinarnos, para que los estudios tuvieran una certificación oficial acudimos a un instituto de Jerez, cerca de la plaza del Arenal. Allí, un tribunal muy serio y con aspecto de saber mucho, nos examinó oralmente.

Quiero recordar que todos los cristales tenían una cruz hecha con papel adhesivo para protegerlos de las vibraciones de los bombardeos. Afortunadamente aprobé el ingreso y en las mismas condiciones, con los mismos maestros y compañeros, estudié primero de bachillerato. También fuimos a Jerez para intentar refrendar con éxito las horas de estudio que a lo largo del curso habíamos hecho.

Pero entonces estaba muy mal visto que una mujer estudiara. Parecía que estaba "señalada con el dedo". ¡Tu hija...está estudiando...! Parecía una ofensa. Por eso, dejé de estudiar. Se decía que las mujeres sólo estábamos destinadas a casarnos, tener hijos y cuidar de su marido. En mi casa éramos siete hermanos y tenia que ayudar en las faenas de la casa.

Epílogo

A los 14 años, volví al Retiro con Doña Teresa. Entonces era yo quien daba clases a las más pequeñas

Sentí no poder seguir estudiando, porque me obligaron a estar en casa y trabajar, como mis hermanas, en las faenas del hogar. Y así ha sido toda mi vida, como lo ha sido la de las mujeres de mi edad.

Sean estas breves palabras un pequeño homenaje a mis maestras que tan buenos recuerdos me dejaron. Sus enseñanzas y ejemplos me han guiado a lo largo de toda mi vida.

Quiero dedicar estos recuerdos escolares a mis hijos que son muy trabajadores y responsables y sobre todo a mis nietos que son mi alegría y mi orgullo.■

Colabora con ALJARANDA

Si desea colaborar con ALJARANDA puede enviarnos sus artículos a nuestra dirección de correo electrónico (aljaranda@yahoo.com). El Consejo de Redacción valorará los originales recibidos y responderá con la mayor celeridad posible.

Los textos han de estar editados en formato word (extensión .doc) con el tipo de letra Times New Roman cuerpo 11, de la manera más simple posible, sin insertar imágenes ni gráficos que han de ser remitidos aparte en cualquiera de los formatos admitidos por los programas de edición (jpg, tiff, bmp, etc), con una calidad mínima de 150 puntos por pulgada y dimensiones no inferiores a las de publicación.